

# JULIA LONDON



El bello desconocido

La muerte de Phillip en un duelo ha roto para siempre la alegría del grupo de amigos que todos conocían en Londres como «Los libertinos de Regent Street». Uno de ellos, el atractivo y jovial Arthur, no puede evitar sentirse responsable por no haber evitado una tragedia tan absurda. Lo menos que puede hacer es viajara Escocia y poner en orden los asuntos del difunto, especialmente la expropiación de unas tierras cuyo pago no se ha cumplido. En esa tierra agreste y hermosa conoce a Kerry McKinnon, una joven e independiente viuda de la cual pronto queda perdidamente enamorado. Pero una terrible sombra se cierne sobre este recién nacido amor, cuando Arthur descubre que Kerry es, precisamente, persona a la que debe dejar sin tierra ni hogar.

Dedicado a  
Brocodile, January Jones, Don Vito,  
La Virgin Henley, Filbert, Princess Shoes,  
Scoop, Happy Jack, Slick y Kaffiene

Gracias por mantener cuerdo al Dimwonkie...

*I met a lady in the meads,  
 Full beautiful —a faery's child,  
 Her hair was long, her foot was light,  
 And her eyes were wild...  
 She look'd at me as she did love,  
 And made sweet moan.  
 I set her on my pacing steed,  
 And nothing else saw all day long,  
 For sidelong would she bend, and sing  
 A faery's song.*

John Keats  
**(La Belle Dame sans Merci)**

Conocí a una dama en el prado,  
 toda hermosa, una hija de hadas,  
 de cabellos largos,  
 de pies ligeros,  
 y mirada salvaje...  
 Me miró como si me amara,  
 y emitió un suave gemido.  
 La subí a mi corcel al paso,  
 y nada más vio en todo el día,  
 pues hacia un lado se inclinó,  
 y entonó una canción de hadas.

## Prólogo

*Dunwoody, sur de Inglaterra, 1834*

La hierba había crecido e inundaba de tal forma el camposanto que casi no se podían leer las inscripciones en las lápidas. Eso preocupó a Arthur; ¿quién se ocuparía de esa tumba? ¿Quién pondría flores junto a su lápida mientras Phillip se pudría allí bajo la tierra?

Cuando el cura levantó la vista hacia los negros nubarrones que oscurecían el cielo, él miró subrepticamente hacia los veinte o más dolientes agrupados alrededor, haciendo un cálculo mental sobre a cuál de ellos se le podría confiar la tarea de atender esa tumba.

A ninguno.

Con su voz de bajo el cura inició el himno fúnebre y los dolientes, con sus bandas negras en las mangas y sus gorros de luto, se le unieron en la lúgubre melodía. No otra cosa que morbosa curiosidad había atraído allí a ese grupo; sólo habían acudido a mirar, a verificar si el extraño rumor era cierto, a mirar la tumba y ver con sus propios ojos que uno de los notorios Libertinos de Regent Street estaba muerto.

Arthur bajó la vista al sencillo ataúd de pino metido en el hoyo abierto en la tierra y se imaginó a Phillip dentro, sus brazos cruzados serenamente sobre lo que quedaba de su pecho, su rostro ceniciento ya libre de dolor, todo cubierto por la mortaja.

Lamentaba no haber encontrado algo mejor para vestirlo, pero por desgracia no había nada mejor en Dunwoody, que era poco más que un pabellón de caza, y se usaba con muy poca frecuencia. Sólo había logrado encontrar un conjunto de ropas mediocres para dar al encargado de las pompas fúnebres, ropas cuyo dueño anterior era más voluminoso y le quedaron atrocemente grandes a Phillip, que además había perdido una buena parte de su tórax. Y no era que él creyera que la ropa que se llevaba para la otra vida fuera importante, sino que Phillip siempre había sido muy meticuloso para vestirse; no le gustaría nada pasar toda una eternidad con un traje viejo de una talla que no era la suya.

Además, si no pensaba en lo que Phillip llevaba puesto en ese momento, se pondría a pensar en lo condenadamente furioso que se sentía.

¿Por qué hizo eso? ¿Qué Divina Providencia le dio a lord Phillip Rothembow el maldito derecho a hacer eso?

Sintió la repentina oleada de furia tan aguda y ardiente como la sintiera en el momento en que Julian levantó la mirada del pecho ensangrentado de Phillip y dijo las palabras que todavía parecían reverberar por todo el bosque: «Está muerto».

De pronto aumentó el volumen de las voces de los asistentes y volvió a bajar cuando comenzaron la segunda estrofa. Arthur se encogió de pena y se obligó a levantar la vista, entrecerrando los ojos ante la fría niebla que los envolvía.

¿Qué demonios estaban haciendo todos allí?

Eso no podía ser real. Todo comenzó de un modo tan inocente, como otro fin de semana más en Dunwoody, los cuatro con sus amigos, jugando a las cartas y pasando el rato con cortesanías; tenían pensada una agradable partida de caza para la mañana siguiente. Adrian Spence, el conde de Albright, reservado y distante, con el pensamiento puesto, sin duda, en la última pelea con su padre; Julian Dane,

el conde de Kettering, hechizando a las dos mujeres mundanas que acompañaban al desafortunado lord Harper. Cartas, copiosas cantidades de *whisky*, y Phillip, naturalmente, borracho como de costumbre.

Ay, si Adrian no le hubiera pedido a Phillip que dejara de hacer trampas; si se hubiera limitado a bajar sus cartas y dar por finalizada la partida. Pero no, le pidió a Phillip que dejara de hacer trampas, con mucha cortesía, por cierto, y ese fue el comienzo del desastroso final. Ofendido, Phillip los sorprendió a todos exigiendo una satisfacción; y Adrian aceptó el reto, creyendo, como todos, que por la mañana Phillip ya habría recuperado la sobriedad y se retractaría. Pero a la mañana siguiente Phillip entró tambaleante en el campo de duelo, con una botella en la mano, y sin la menor intención de echarse atrás.

En ese momento pasó un carromato cerca del campamento, y en el retumbo de su traqueteo Arthur casi oyó el ruido del primer disparo de esa horrosa mañana: el tiro de Adrian al aire. Se le oprimió fuertemente el pecho, tal como se le oprimiera entonces al presentir el desastre inminente; volvió a sentir el espanto y la incredulidad que sintiera cuando Phillip respondió al generoso acto de Adrian, su primo, disparándole. Erró absolutamente el tiro, claro, puesto que apenas lograba sostenerse en pie; pero al parecer, su yerro le produjo una horrorosa resolución, pues dándose media vuelta cogió la pistola alemana de doble cañón de Fitzhugh, arrojando al estúpido de culo al suelo, y, girándose con la agilidad de un bailarín, disparó a Adrian a la espalda.

¿Por qué, Phillip, por qué?

La pregunta le retumbaba como un tambor en la cabeza, un golpeteo implacable, que no tendría final. Jamás sabrían por qué Phillip forzó así la mano de Adrian, porque el maldito cobarde les negó toda explicación creíble logrando hacerse matar. Sólo unos instantes después de haberle disparado a la espalda de Adrian, estaba tendido en la hierba

amarillenta, sus ojos azul oscuro mirando serenamente el cielo, muerto, su sangre vital derramándose por el agujero abierto en su pecho.

Muerto; uno de ellos muerto; uno de los inmortales Libertinos de Regent Street muerto a manos de uno de los suyos.

Dios tenga piedad de nosotros.

Miró hacia donde estaban Adrian y Julián, los dos rígidos e inmóviles.

Ellos cuatro, Adrian, Phillip, Julian y él, eran los ídolos de los miembros más jóvenes de la aristocracia británica. Eran los Libertinos, famosos por vivir según sus propios códigos, por arriesgar su riqueza para hacer más riqueza, por su osada irreverencia a la ley y la sociedad. Ellos eran los libertinos que durante el día jugaban con los tiernos corazones de las jovencitas que frecuentaban las elegantes tiendas de Regent Street y por la noche despojaban de sus dotes a sus padres en los clubes, reservándose lo mejor de sí mismos para los notorios tocadores de Regent Street.

O así rezaba la leyenda.

Todo eso era pura fantasía, claro. Sólo eran cuatro jóvenes que habían crecido juntos, que preferían disfrutar de la temeridad de la mutua compañía y de las bonitas mujeres del burdel de *madame* Farantino. Los libertinos no eran nada más aparte de eso; ninguno de ellos había llegado a hacer jamás nada que fuera terriblemente ilegal, jamás ninguno había manchado la reputación de una dama ni enviado a un hombre a la prisión de deudores por una partida de cartas. No había nada particularmente notable en ellos, aparte de que uno de ellos encontró la vida tan insopportable que, en esencia, se mató forzando la mano de su primo.

Demostrando así que tampoco eran inmortales los libertinos.

Cerró los ojos cuando el grupo comenzó el último coro del himno, sintiendo la amarga y ardiente rabia subirle a la garganta como bilis.

Odió a Phillip, lo odió por estropearlo todo, por acabar con todo en ese campo amarillo.

Odió a Phillip casi tanto como se odió a sí mismo.

Ay, Dios, qué insoportable es el sentimiento de culpa. Lo había visto venir, se había quedado a un lado viendo a Phillip hundirse en la desesperación, cuando podría haberlo llevado por otro rumbo. Lord Arthur Christian, el tercer hijo del duque de Sutherland, en otro tiempo destinado al clero, se hizo a un lado y vio como todo ocurría.

Él podría haber sacado a Phillip del borde del abismo, él, no Adrian ni Julian; él.

Las voces se elevaron por última vez, poniendo fin al doloroso himno. Se hizo el silencio; los asistentes se movieron inquietos.

Algunos levantaron la vista al cielo cada vez más oscuro, mientras el cura inflaba las mejillas y volvía las páginas del pequeño libro de oraciones.

Con una intencionada mirada a Adrian, el cura habló por fin:

—Todos aquellos que lo lloráis, podríais conocer en su muerte la luz de Nuestro Señor, y el amor...

¡Maldito sea por lo que nos ha hecho a todos!

—Conoced la vida y la misericordia. Amén.

—Amén —repiteieron todos.

¿La vida? ¿La misericordia? Ay, Dios, sí, desde ese día en adelante conocería la calidad de la vida, la conocería cada vez que mirara una salida del sol, cada vez que tuviera a una mujer en sus brazos, cada vez que fumara uno de los habanos finos de Julian. Y la calidad de su vida se mediría por el peso de sus sentimientos de culpa, de rabia y de su maldito remordimiento. ¡Phillip!

Retrocedió un paso, inspirando fuertemente el aire a través de los dientes apretados, cuando los enterradores comenzaron a echar paladas de tierra en el hoyo. Sí, sí, desde ese día en adelante conocería la vida, sí, porque todos y cada uno de sus días llevaría consigo la carga de ha-

berle fallado a Phillip de la peor manera imaginable. Llevaría consigo la corrosiva ira que sentía contra uno de sus mejores amigos, la humillación de no haber visto la oportunidad de impedir su hundimiento, de enderezar las cosas, o por lo menos de intentar matar a los demonios capaces de devorar el alma de un hombre y hacerle buscar la muerte con desesperación.

Maldito sea.

## Capítulo 1

**S**i alguna vez a Arthur Christian lo capturaban y sometían a la peor de las torturas, sus torturadores no podrían hacer algo mejor que organizar una velada como esa.

Todo era culpa suya; al fin y al cabo era él quien daba ese baile en su mansión de Mount Street; era su indiferencia la que permitía a lo peor de la clase alta entrar por su puerta. Sin embargo, pese a ser él quien ofrecía esa fiesta, y otras muchas semejantes durante la temporada, preferiría estar reventado y descuartizado antes que soportar una más de esas provocativas miradas de Portia Bellows; y mucho menos soportaba sufrir sus manoseos en la pierna.

El manoseo era también por culpa suya, claro. Había estado demasiado poco atento con sus invitados y por lo tanto no la vio acercarse hasta cuando ya era condenadamente tarde. Sin la menor dificultad, Portia logró arrinconarlo en el pequeño entrante del corredor principal, y allí era donde se encontraban en ese preciso momento, ella acariciándole descaradamente el muslo.

—Nunca te he olvidado, Arthur, ni por un solo momento —le susurró, con su mejor voz de alcoba.

—No, claro que no —dijo él en tono burlón, bajando la mano por entre los muchos pliegues de la falda de satén que lo envolvían, para quitarle la mano de su pierna, dedo a dedo.

—Eres tú el que me imagino cuando lo tengo a él encima —susurró ella con voz ronca, llevándose la mano a la enorme perla negra anidada entre sus voluminosos pechos,

y trazando una línea alrededor que fue bajando y bajando por el escote de su vestido de satén dorado—. Eres tú el que me hace el amor en mis sueños.

La verdad, él apostaría a que era en la considerable fortuna de Roth en la que pensaba la zorra cuando lo tenía encima. Sí, prefería estar reventado y descuartizado, gracias, con los miembros desperdigados en los más remotos rincones de la tierra, con tal de no volver a oír jamás esas bobadas.

Resueltamente ella volvió a meter los dedos en el interior de sus muslos.

—Nunca fue mi intención hacerte sufrir, cariño.

Lo dijo con la misma, exactamente la misma voz que empleaba cuando tenían dieciocho años, el mismo dulce ronroneo que lo inducía a declararle una y otra vez su amor eterno. Esa voz, junto con esa ardiente y provocativa mirada, lo llevó a pedirle permiso, sin aliento, a su padre para ofrecerle matrimonio, ante lo cual su excelencia lo informó tranquilamente que la señorita Bellows ya estaba comprometida para casarse con Robert Lampley. Dos años mayor que él, Robert Lampley estaba destinado a heredar una fortuna y un título, exactamente un atributo más que lo que él poseía. Esa fue la primera vez en su vida que comprendió lo insignificante que puede ser el tercer hijo sin título de un poderoso duque.

Ahora, a sus treinta y seis años, ya comprendía lo pesadas que pueden ser las mujeres, y calmadamente volvió a quitarse la mano de encima.

—*Milady Roth*, sabes que no creo ni una sola palabra salida de tus labios —le dijo, sonriendo como si ella lo divirtiera, aunque nada podía distar más de la verdad.

Todo lo que ella hacía le humillaba, y cuando estaba realmente en plena forma, le hizo hacer el tonto de una manera colosal. Ah, sí, Portia Bellows engañó a Arthur Christian, hijo del duque de Sutherland, no una vez sino dos veces, gracias, y ciertamente, a juzgar por la forma como le

pasaba los dedos osadamente por la entrepierna en ese momento, tenía planeado intentar una asombrosa y suprema tercera humillación.

Aprovechando que en el entrante estaban ocultos a las miradas de cualquier invitado que pudiera pasar hacia el retrete, gracias a una de las enormes plantas en maceta que a su cuñada Lauren tanto le gustaba regalarle, Portia ahuecó descaradamente la palma en la protuberancia de su entrepierna, sonriendo perversamente. Él le correspondió la sonrisa con otra de aire despreocupado, sabiendo que nada de lo que ella pudiera hacer volvería a producirle jamás «esa» reacción. Le cogió la muñeca y se la apretó fuertemente.

—Tu marido está a menos de cincuenta palmos —le dijo en voz baja.

Ella se ruborizó y encogió despreocupadamente sus hermosos hombros.

—No puede vernos, y aunque nos viera, no le importaría.

—Ah, pero a mí sí —dijo él, y le apretó la muñeca con tanta fuerza que temió romperle los huesos.

Finalmente ella lo soltó; haciendo un morro como una niñita, se soltó la muñeca y retrocedió, frotándose.

—Eres horrorosamente rencoroso. Me culpas después de todos estos años, simplemente por buscar una manera de sobrevivir en este mundo cruel.

Con una risita ronca e irreverente, Arthur se cruzó tranquilamente de brazos.

—Te culpo de muchas cosas, cariño, pero sobrevivir no es una de ellas.

Los ojos castaño oscuros de ella relampaguearon de ira.

—¡No sabes a quién insultas, milord!

—Todo lo contrario —dijo él, haciéndole una burlona reverencia—. Tienes la distinción de ser la única mujer a la que no llevaría a la cama ni aunque en ello me fuera la vida.

Portia agrandó los ojos y reprimió un gritito de indignación que le subió a la garganta.

—¡No hay ninguna necesidad de ser odioso!

Arthur sonrió, indolente. Portia apretó los labios formando una delgada línea, se giró bruscamente y se alejó pisando fuerte en dirección a la puerta doble de caoba que conducía al salón de baile, dejándolo plantado de un modo que sólo una mujer de la más pura aristocracia es capaz de hacer. Un lacayo alcanzó a llegar justo a tiempo a la puerta y abrirla para que ella pasara, rozándole las piernas con la falda con su meneo.

Sonriendo perezosamente, Arthur se arregló la corbata y se echó hacia atrás una guedeja rebelde de pelo castaño dorado. Portia seguía siendo una belleza, le concedía eso. Cabellos rojizos, piel de alabastro, pero seguía siendo una víbora, y nadie sabía eso mejor que él. Después de destrozarle el tonto corazón cuando tenían dieciocho años, se casó con Lampley, le dio una hija al cabo de unos años y luego lo vio morir de una fiebre. Aún no se había quitado el luto de viuda cuando acudió a él y con mucha astucia logró hacer resurgir en él sentimiento que ya creía enterrados; fue insistente, y, cuando al fin él cedió, le confesó llorosa que era a él a quien había amado todos esos años.

Aunque era tonta al pensar que en el presente podía afectarle, en ese tiempo lo conmovió con sus palabras, y bien que lo notó ella. De todos modos se resistió, deseoso de evitar que le destrozara el corazón una segunda vez. Y podría haberse librado de la humillante herida de sus garras si Phillip no hubiera muerto en esos momentos.

Fue inmediatamente después del incidente de Dunwoody cuando se encontró a la deriva, incapaz de superarse y retomar su vida; fue entonces cuando comenzaron los sueños en que veía a Phillip caminando con el agujero negro en el pecho, burlándose de él con su muerte; y fue entonces, en esas negras horas, cuando recurrió a Portia, en busca de agradables recuerdos de veranos ya desva-

necidos hacía mucho tiempo. Ella se entregó a él con ansias, susurrándole dulces promesas al oído, haciéndolo creer que era cierto que había suspirado por él todos esos años.

Lastimoso idiota que fue, y tremenda la desagradable sorpresa que se llevó cuando una mañana leyó en el Times que lord Roth se iba a casar con Portia esa primavera.

Ah, con qué encanto lloró ella cuando él la encaró; ¿qué otra cosa podía hacer una pobre viuda?, le dijo ella entre sollozos. Peor aún, él descubrió que Portia estaba jugando no con uno sino con otros dos pretendientes, cada uno en posesión de un título. Pero no con él, no con Arthur Christian, no con el hijo de un duque que tal vez, sometiéndose a los deseos de su familia, debería estar de cura en alguna remota y apacible parroquia.

Suspirando, se metió las manos en los bolsillos y se dirigió a la puerta del salón de baile. Allí se detuvo a observar la sala repleta con lo más selecto de la aristocracia británica.

La sala estaba resplandeciente; la luz de las decenas de candelas suspendidas en arañas de cristal hacía brillar las joyas que adornaban las manos y cuellos de las damas vestidas de seda.

Dondequiera que mirara veía opulencia: copas aflautadas de champán, de cristal tallado, con el sello Sutherland, objetos de adorno bañados en oro, finísimas porcelanas, muebles tallados a mano, grandes obras de arte.

Además de los doscientos o más invitados que sin duda darían a su primogénito por estar allí esa noche, estaban también sus seres más queridos: su madre y su tía *lady Paddington*, o Paddy, como la llamaban afectuosamente; su hermano Alex y su esposa Lauren; Kettering y su esposa Claudia. Sólo faltaban Adrian y Lilliana, que tuvieron que quedarse en el campo por el nacimiento de su hijo. Esa era una casa Sutherland, sin lugar a dudas, pensó con indife-